



El Crucifijo de Plata.

I

ANTONIO

No lejos de la ciudad de vivía hace algunos años un anciano venerable, rodeado de todo lo que puede proporcionar una conciencia tranquila, y una larga vida consagrada á un trabajo asiduo y penoso, cuyos frutos se han recogido para asegurar en el último tercio de la existencia del hombre, un bienestar lleno de dulzuras.

Pedro Díaz había servido en las compañías presidiales durante su juventud, peleando valerosamente con los bárbaros que hacían sus frecuentes excursiones en las provincias del Norte de la Nueva España. Separado del servicio activo de las armas,

se había retirado á los veintiocho años de edad, cubierto de honrosas cicatrices, á una aldehuela situada en la provincia de Veracruz, de la que era oriundo, labrándose por medio de las faenas tranquilas del campo, á que se había dedicado, una fortuna, que sin ser considerable, bastó al cabo de pocos años para satisfacer las necesidades de su reducida familia poniéndola al abrigo de la mesiria.

Cuando Pedro partió para las provincias del Norte, tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para separarse de su suelo natal, del que sólo lo arrancaba la miseria y el deseo de no ser gravoso á la numerosa familia que sostenían su padre y sus hermanos mayores, á costa de grandes fatigas; pero bajo nuestro cielo ardiente las pasiones del hombre se despiertan más pronto que en otro clima más templado, y Pedro, aunque muy joven, amaba ya con delirio á una niña tan pobre como él, pero adornada de todas las virtudes naturales que brillan en la soledad y en el retiro de los campos que se hallan retirados de las ciudades.

Durante todo el tiempo que Pedro se vió separado del lugar donde habían trascurrido los días tranquilos de su niñez, del teatro donde había sentido latir su corazón á impulsos de un primer amor, tan puro como el hermoso cielo de su patria, no se apartó un momento de su imaginación el recuerdo de esos días felices ni la imagen

de la mujer á quien había consagrado su corazón y su vida. En medio de la borrascosa existencia del soldado, no manchó ni la sencillez primitiva de su carácter, ni olvidó en placeres ó pasatiempos impuros los preceptos de la religión que le habían inculcado sus padres desde sus más tiernos años, ni los juramentos que había hecho á la mujer que adoraba.

A su vuelta, el Omnipotente, en su inefable bondad, premió las virtudes de Pedro, y al fin se vió unido á la linda Mariana, cuyo recuerdo le había acompañado en su vida azarosa, y cuyo amor le había llevado hasta el puerto donde debía encontrar la tranquilidad deseada, cual un faro que guía á un navegante en medio de una tormenta.

En su ancianidad, Pedro se veía rodeado de una esposa fiel y cariñosa, y de dos hijas, Guadalupe y María, en las que veía brillar todos los encantos que adornaron á la que les dió el ser en su juventud, y con las virtudes que desde su infancia les había presentado de ejemplo.

Apenas puede formarse una idea exacta del hermoso paisaje que rodeaba á la cabaña de Pedro, situada á un cuarto de legua de la aldea donde había visto la luz primera: estaba como reclinada á la falda del "Cofre" de Perote, dominando por todas partes, perdida entre la inmensa mole de la montaña, esos bosques majestuosos y que aún en nuestros días no sería aven-

turado considerarlos como vírgenes que rodean á el Cofre. A su frente se veían los diferentes senderos que unen á las pequeñas poblaciones que se encuentran regadas por todas aquellas cercanías, donde reina una primavera eterna, donde la frescura de los bosques, el encanto y la variedad de una naturaleza lazona, y el silencio profundo que inspiran en esas soledades; silencio que sólo se turba por el encanto de los millares de pajarillos que pueblan esos montes, ó por el murmullo de los arroyos que corren por entre sus barrancas, y que en su imponente majestad inspiran una veneración profunda hacia el Supremo Artista que con su pensamiento llegó á crear el conjunto inexplicable de seres que forman el todo armonioso que se llama "naturaleza."

La cabaña de Pedro, aunque ya hemos dicho que con su trabajo se había puesto al abrigo de la miseria, no se distinguía en nada de las demás de su clase que diariamente se nos presentan hoy á la vista, á muy poca distancia de nuestras ciudades más populosas y opulentas. Consistía en una pieza amplia que servía á la vez de sala, alcoba y comedor, y otra choza más reducida y enteramente independiente de la anterior, hacía oficios de cocina.

Fatigado ya el anciano por la edad, no podía atender al cultivo de sus campos, ni

tampoco podía cuidar de una reducida manada de ovejas. Esta razón, además de su natural benevolencia, le había hecho adoptar como á hijo á un joven que quedó huérfano y abandonado en la aldea cercana.

Antonio era digno del afecto que le había manifestado su padre adoptivo: dotado de un corazón sensible y de una imaginación poco común, estudiaba en el gran libro de la naturaleza, que desde su niñez se había presentado á su vista. En medio de las escenas agrestes y majestuosas que por todas partes lo rodeaban, hallaba Antonio una nueva prueba del poder infinito de su Creador; su religión era pura, su alma noble y generosa estaba libre de esos temores supersticiosos que regularmente son como una necesidad para los sencillos habitantes de los campos. Había estudiado á la Creación, comprendía todos sus encantos, y todos los secretos que ésta encierra los respetaba, los admiraba, y aunque sin comprenderlos, no los temía. Este privilegio, por decirlo así, con que se hallaba dotado, hacía que su alma fuese susceptible de recibir qualquier impulso hijo de la generosidad y todo en él anunciaba un corazón varonil, noble y generoso.

Sus cualidades físicas no eran menos notables: hijo de las montañas, en su persona se veía el tipo orgulloso y puro del zempoalteca: nuestros indios de las ciuda-

des se distinguen por un sello de bajeza y de astucia que llevan siempre impreso en su fisonomía, el que continuamente nos hace recordar que esos seres desgraciados no olvidan que ellos fueron en un tiempo los dueños absolutos de este suelo, y que muy lejos de considerarnos como á sus hermanos, como á hijos de una patria común, nos temen como á usurpadores de sus bienes, alimentan hacia nosotros el odio inveterado que el esclavo abriga siempre contra su dueño.

Muy lejos de ser este el rasgo distintivo de la fisonomía de Antonio, en ella se leía la benevolencia, la bondad sin humillación, y sus ojos vivos y expresivos se veían animados por esa seguridad y ese fuego que les comunica la conciencia de su propio valor, y un sentimiento arraigado de noble independencia.

Cuando se veía á Antonio perdido en medio de profundas meditaciones y apoyado en un árbol contemplando á la naturaleza, se le habría tomado por su actitud, llena de esa gracia natural que en vano ha querido imitar el arte, por uno de esos héroes ó semi-dioses que nos han descrito en sus poemas los poetas de la antigüedad.

Al joven indio lo unían mil lazos de afecto á la familia que lo había acogido en su seno. Profesaba á Pedro y á Mariana un cariño respetuoso, y á las hijas de estos

ancianos virtuosos les manifestaba el amor tierno que un hermano tiene por una hermana. Hasta hacia muy poco había reinado entre estos tres jóvenes una confianza ilimitada, su cariño no lo había turbado ni la más leve disputa que tan amenudo se suscitan entre los niños de su edad, oscureciendo con sus nubes pasajeras el horizonte límpido de su dicha; pero á medida que crecían, se había notado que en las muestras de afecto que se daban Antonio y María, comenzaba á reinar una especie de reserva, que sí sorprendía á los ancianos, los mismos jóvenes no podían explicar su origen.

Muy pronto, sin embargo, una circunstancia imprevista vino á dar á conocer toda la fuerza del amor que unía á estos jóvenes.

En una noche del año de 1812, el anciano, rodeado de toda su familia, estaba arrodillado delante de una imagen de la Virgen, á la que herían los rayos opacos de la vacilante luz que despedía una lámpara; la familia cristiana rezaba el rosario: á pesar de la tranquilidad que en apariencia reinaba en medio de esta escena patriarcal, se notaba de vez en cuando una especie de inquietud que en vano trataban de disimular todos los actores de esta escena solemne; la voz grave y trémula del anciano que repetía las palabras de consuelo de las ora-

ciones santas, era más insegura que de costumbre, y distraídos y como á su pesar, volvían todos muy á menudo la cabeza hacia la puerta de la cabaña, escuchando ansiosos el menor rumor que turbaba el sueño profundo de la naturaleza dormida.

Cuando concluyeron sus oraciones los habitantes de la cabaña, todos ellos guardaron un silencio profundo que se interrumpía á veces por los sollozos mal disimulados que exhalaba María á su pesar, derramando abundantes lágrimas.

Mariana debió notar la agitación inusitada que dominaba á su hija querida, si fué así tal vez.

Su corazón de madre penetró por primera vez el pensamiento oculto que abrigada su hija; tal vez conoció que su alma inocente y tierna estaba poseída de una pasión cuya intensidad era desconocida á la misma joven que era víctima de ella, y con ese tacto exquisito que distingue el corazón de la mujer, respetó el secreto que María revelaba á su pesar.

Mariana no tuvo dudas; conoció que María amaba y que el objeto de su amor era Antonio, pues la ausencia de éste era la causa del desasosiego que reinaba entre toda su familia adoptiva.

El joven había ido á la ciudad inmediata y debía estar de vuelta en la cabaña desde hacía algunas horas.

Ya la luna empezaba á derramar su luz pálida entre aquellos bosques, plateando con sus rayos las cimas majestuosas y pintorescas del Cofre y el Orizaba, y sin embargo, Antonio no parecía. El anciano desasosegado, salió á la puerta; pero después de esperar en vano un largo rato la vuelta del que todos aguardaban con ansia, entró á la cabaña y pidió la cena.

María espiaba con angustia los menores gestos de la fisonomía del anciano, que era bastante expresiva, pues no sabía cubrir con la máscara del disimulo los sentimientos que se agitaban en su pecho para sosegar sus inquietudes ó ratificar sus temores, según lo que sus ojos inteligentes descubrían en ella.

Ya servida la cena, María dió un débil grito y se adelantó involuntariamente hacia la puerta. Su corazón no la había engañado, á poco entró Antonio.

Un rayo de gozo iluminó el semblante celestial de María, su cariñosa madre se sonrió, y la joven, con ese instinto de pudor que Dios ha puesto en el corazón de la mujer, se ruborizó, porque hasta ese momento tuvo la conciencia de que se había dejado dominar por sus sentimiento, y sus mejillas de rosa se ennegrecieron al verse tan bien adivinada.

Antonio dió cuenta al anciano de su comisión, y se quedó pensativo en seguida

sin haber dado ninguna explicación á su tardanza.

La cena fué silenciosa.

Cuando concluyó, cada uno de los habitantes de la cabaña se retiraron á dormir, después de terminar todos los quehaceres domésticos, y sólo el anciano y Antonio se quedaron sentados á la mesa, aunque sin hablar.

—Padre mío, dijo por fin Antonio, rompiendo el silencio que hacía tiempo reinaba; hace dos años, cuando un sacerdote venerable dió el grito de libertad en un pueblo lejano de nuestra patria, quise ir á unirme con él, porque ese grito había hallado un eco en mi pecho, porque esa palabra de libertad conmovió todas las fibras de mi corazón, y conocí que era un deber sagrado volar al lado del anciano valeroso que iba á pelear por un pueblo al que pertenezco, por una patria que es la mía.

Entonces me dijo vd. que aún era muy joven para entregar mi vida á los azares de una guerra encarnizada, me mandó vd. que me quedara, obedecí ese mandato, el único que me ha sido penoso cumplir, y aguardé. Hoy ya no soy un niño, soy un hombre; vengo de la ciudad, y sé que la sangre corre á torrentes por conquistar ese don precioso que se llama libertad: las víctimas caen á millares en los patibulos y en los campos de batalla; pero muy lejos de lograr

ahogar por este medio nuestros opresores el noble impulso que nos dió un anciano, por cada héroe que perece se presentan mil valientes en su lugar, deseosos de vengar su sangre, y todo el país que un tiempo dominó nuestra raza, está sobre las armas, y sus hijos combaten decididos por alcanzar su libertad.

En mis venas, padre, siento correr la noble sangre de la raza zempoalteca, me avergüenzo de mi inacción, y quisiera ir á tomar parte en los combates y en los peligros que diariamente amenazan á mis hermanos; ¿me permite vd. al fin que vaya á unirme á ellos?

Pedro miró fijamente al joven; de sus ojos, débiles ya por la edad, se desprendieron dos lágrimas; pero en los de Antonio vió brillar todo el fuego del entusiasmo que lo animaba y no se atrevió á detenerlo por más tiempo.

—Sí, Antonio, le dijo; ve, y Dios te protegerá.

—No marcharás, exclamó María, presentándose de repente delante de ellos, bañada en lágrimas, porque si te vas, Antonio, creo que moriré.

II

AMOR DE ÁNGELES

María era una de esas jóvenes preciosas que desarrollan con fuerza su naturaleza vigorosa bajo el ardor de los climas meridionales. En su fisonomía divina de catorce años y en sus ojos de fuego, se veía la lucha en que se hallaban empeñadas su infancia y su juventud. Su tez rosada presentaba la finura de la seda, y en su talle desarrollado se veían marcadas con fuerza todas las formas que los estatuarios buscan en un modelo perfecto. Educada en medio de las soledades en que había visto la luz primera, su corazón era incapaz de disimular sus impresiones, y su alma era susceptible de recibir cualquier impulso generoso. Difícil es señalar cuál puede ser el porvenir que le está reservado á una joven que, como María, no ha aprendido á dominar sus pasiones, que en su inocencia se deja arrastrar, sin presentar ninguna resistencia, por ese desvarío frenético que nos presenta mil ilusiones halagüeñas en nuestra primera juventud, y al que se llama "amor."

María amaba á Antonio; tal vez hasta la noche precedente ella misma ignoraba qué sentimiento era el que abrigaba por su her-

mano adoptivo, cuando el temor de una separación que podía ser eterna, y la imagen horrible que le presentó su imaginación de los peligros á que iba á verse espuesto su amante, le hiciera conocer que el joven era el principio de vida que hacía latir su corazón.

Ya lo hemos dicho, su amor era tanto más intenso cuanto que María no supo que amaba sino hasta el momento en que ya no pudo poner ninguna resistencia á su pasión: además, si antes lo hubiera adivinado, habría tenido la seguridad de que su cariño era correspondido, porque habría comprendido los sentimientos de Antonio y también porque podía contar con que su pasión sería santificada por la aprobación de los autores de sus días y la bendición del Omnipotente.

Pero la joven no había tenido tiempo de hacer estas reflexiones; creía que el cariño que la unía á Antonio era sólo un cariño fraternal, y hasta que no amenazó su dicha la separación, la muerte tal vez, no conoció que en el sentimiento que le inspiraba el compañero de su infancia, se concentraba toda su felicidad, y que le era preciso para vivir unirse á Antonio eternamente. Su pasión, una vez desbordada, podía conducirla en pocas horas ó á la suprema felicidad, ó á una desesperación que rayara en demencia.

Antonio por su parte amaba á María con igual frenesí; cuando su pensamiento alestargado se despertó, éste le comenzó á presentar en mil ilusiones engañosas esa dicha que sonríe al hombre en sus primeros ensueños: en todas ellas se aparecía á su vista, tomando mil formas caprichosas, la angelical María, y familiarizado con estas imágenes no pudo ya formarse una idea de felicidad sin la joven, que tantas veces le había sonreído en sus sueños.

Pero en el corazón varonil de Antonio se abrigaba otra idea que había dormido hasta el momento en que se la personificó el venerable Cura de Dolores. La palabra mágica de libertad, de la que tanto se ha abusado en épocas posteriores en nuestro desgraciado país, se le presentó á Antonio con todo el atractivo de las ideas que despierta en el alma grande y generosa de un ser que ha nacido con un germen de independencia, y creyó que era un deber sagrado para él volar á salvar á su patria antes de unirse á su María.

Deseaba llegar á alcanzar la felicidad suprema que ésta le prometía con su amor; pero antes quería hacerse digno de este premio, y para ello quería poseer á la joven cuando ya la antigua patria de sus padres se viera libre de sus conquistadores. Por eso desde hacía tiempo quiso ir á combatir al lado de los valientes que peleaban

por elevar la colonia de la Nueva España al rango de nación libre é independiente.

La inesperada escena que tuvo lugar cuando el anciano Pedro acababa de permitirle que fuera á satisfacer sus más caras inspiraciones, fué la señal de un combate rudo que se empeñó en su corazón, entre su amor y su deber.

Su orgullo se vió satisfecho con la confesión involuntaria, pero sincera que acababa de escapársele á su adorada María en el parasismo de su aflicción; ella le aseguraba el porvenir de dicha que había soñado tantas veces: la lucha que sostuvieron los dos sentimientos encontrados que se abrigaban en su pecho fué terrible, pero corta, y en un carácter como el que adornaba á Antonio, la victoria no era dudosa:—el deber hizo callar al amor.

Al día siguiente en el que tuvo lugar la escena que referimos en el capítulo anterior, el sol brillaba en el firmamento y toda la naturaleza parecía haberse vestido con sus galas más esplendorosas, como si quisiera burlarse del dolor que se había poseído de esos dos jóvenes, tan dichosos hasta entonces.

Entre los hermosos lugares que rodeaban á la cabaña de Pedro, había un vallecito regado por las aguas límpidas de un arroyo, que era uno de los lugares favoritos que nuestros jóvenes habían elegido mu-

chas veces, dirigiendo hacia aquel lado sus pasos para admirar juntos las maravillas de esa naturaleza encantadora y lozana que amaban tanto y que tan indiferente se mostraba ese día á su dolor.

Maquinalmente se dirigieron ambos al lugar predilecto de su corazón. Cuando se encontraron en él, no pudieron hablarse; la emoción embargaba su voz; pero no tenían necesidad de palabras para expresar todos los sentimientos que los agitaban. Sus ojos, en ese lenguaje que es desconocido para los indiferentes y para los hijos de los climas fríos del Norte, expresaron en un momento, con una elocuencia inexplicable, los sentimientos que los animaban y que no habrían podido explicar en ningún idioma. De repente se llenaron de lágrimas, y por un movimiento simultáneo, dominados por una mutua atracción magnética, se echaron en brazos uno de otro y confundieron así por algún tiempo sus lágrimas y sus caricias.

—No partirás, Antonio, balbuceó la joven.

—Sí, María, no te opongas á esta partida; muy poco tiempo estaré separado de tí; cuando diariamente mil víctimas generosas van á ofrecer su sangre y sus vidas en las aras de la patria, yo no puedo permanecer impasible; ambiciono tu amor, María, me es más caro que mi vida; pero

por tí y por mí es preciso que por algún tiempo me separe de mi amada; quiero pelear por tu libertad, quiero hacerme digno de tí, María adorada, y si hoy no supiera dominar mi amor, si mi pasión ahogara en mí el deseo noble que tengo de combatir por la libertad del suelo que me vió nacer, si no fuera á vengar los ultrajes de que ha sido víctima mi raza por espacio de tres siglos, tal vez llegaría un día en que me despreciarías. Más felices nosotros que nuestros padres, María, hemos salido del estado de abyección en que nos ha tenido sujetos una mano de hierro que pesaba sobre nosotros, y victoriosos podremos en adelante ofrecer á nuestros hijos y á nuestras esposas libertad y patria.

María lloraba sin poder articular una palabra; su dolor era intenso; el lenguaje que Antonio le hablaba, á la vez que destrozaba su corazón amante, le era grato oírlo, porque esas palabras hallaban en su pecho un eco que las aprobaba, y en medio de su dolor estaba orgullosa, porque veía á su amante digno de ella, lo veía apasionado, generoso y valiente.

La joven no quiso oponerse por más tiempo á la firme resolución que había tomado su amante, aunque un pensamiento triste se presentaba sin cesar á su imaginación.

—Pues bien, Antonio, dijo al fin María;

supuesto que es preciso, parte, ve á cubrirte de gloria, marcha á combatir con tus hermanos por esa libertad que nos pertenece. Entretanto, ya sabes cuánto te amo; yo esperaré resignada tu vuelta, y mientras dure tu ausencia, el recuerdo de los juegos inocentes de nuestra niñez, la memoria de este instante en que tal vez vamos á separarnos para siempre, me dará valor para aguardar tu vuelta y gozar al fin toda la dicha que con tu amor me he prometido. Ya no es tiempo de disimular. Antonio; te amo más que á mi vida, y el día que tú mueras, mi alma irá á unirse contigo en el seno de ese Dios que ha puesto en nuestros corazones esta llama que nos da vida y nos devora á la vez, para no separarse jamás de tí.

—Mira, Antonio, añadió María sacando de su seno un Crucifijo de plata; ya sabes que esta prenda me la colgó mi madre al cuello desde que nací; hoy te la cedo para que la imagen divina del Crucificado que en ella se representa, te proteja en los peligros que te van á rodear, y para que en medio de la vida azarosa en que te vas á ver envuelto, te recuerde á tu pobre María; pero antes de dártela quiero que ella sea un testigo de nuestro amor, de nuestro dolor presente, y que sea una esperanza que nos prometa la dicha futura. Júrame, pues, sobre ella, adorado mío, que me amarás siempre,

que serás mi esposo, y que tu amor, como el mío, sólo concluirá con la vida.

—Te lo juro, dijo Antonio, ebrio de felicidad. Te juro, mujer celestial, por esta imagen que nos ve, que te amaré siempre y que muy pronto volveré á unirme contigo.

—Gracias, esposo mío, dijo María.

—Y yo, dijo Pedro apareciendo de repente, yo que he oído vuestros juramentos y que apruebo vuestro amor, soy testigo de ellos y os bendigo.

Ambos jóvenes cayeron á los pies del anciano, abrazando sus rodillas y bañando sus manos de lágrimas.

.....

En la noche de ese día, Antonio se preparaba á partir: la luna, como en la anterior, bañaba con su luz pálida el hermoso paisaje que rodeaba la cabaña del veterano: el murmullo sordo de un arroyo lejano que en su curso caprichoso formaba innumerables cascadas por las peñas por donde corría, y el ruido suave de las hojas agitadas por la fresca brisa de la noche, turbaba únicamente el silencio majestuoso y profundo en que parecía estar sumida la naturaleza.

Por el sendero que de la cabaña de Pedro conducía á la ciudad, marchaban en silencio cinco personas, agitadas todas ellas por diversos pensamientos, aunque unidas